

Manifiesto contra el terrorismo

**“A todos los que se fueron,
y a quienes se quedaron a solas esperándoles”.**

El perdón de Miguel Ángel

Las lágrimas de un país entero, derramadas sin consuelo ni medida, emanan de esa bruma incierta en la que situamos al moribundo. A quien no podemos percibir con claridad, de quien ignoramos el sentir de sus últimos momentos. Porque el dolor tiene mucho de desconocimiento, de oscuridad, de tragedia imaginada acompañada tan sólo por los fantasmas que alimentan nuestro terror y nuestra capacidad humana para empatizar con quien se sabe a las puertas de la eternidad.

Pero a solas. Ya no sólo injustamente, sino separado sin aviso de su mundo y del calor seguro de su única vida, la de siempre, la que creemos para siempre. Para, de rodillas, enfrentarse así al abismo y a la certeza de un horror imposible de evitar y tan incomprensible.

Miguel Ángel fue uno más. Uno de tantos. Uno entre cientos. Uno de los nuestros, que alguien dijo, y que puebla esa bruma gélida de muerte en la que perviven tantas víctimas inocentes y a las cuales nunca podremos reparar.

Porque dejaron de estar un día y nunca volverán a esa vida segura tan próxima a la nuestra. Con ellos se fueron las respuestas, los deseos, los instantes ardientes de vida. Y si existe, también la posibilidad del perdón.

Los familiares, los que quedaron un día al pie del camino a solas, pasaron al olvido. Eran los que lloraban aferrados al ataúd, bañados en dolor al ser saludados por las autoridades. Los que caminaban detrás de las pancartas entre la muchedumbre anónima en esas horas de telediario

donde por instantes los hicimos nuestras madres, padres, hijos o hermanos. Pero tras ese contacto fugaz, tan intenso, también se fueron. Y durante años nadie los volvió a traer, porque había poco que decir una vez echado el cierre a la verja del poblado cementerio de la nación.

Sin embargo, son también cientos. Son muchas las almas desconectadas de ese mundo de calor y seguridad que es nuestra propia vida y también la suya. Y son también aquellos que seguramente nunca volverán a encontrar el camino del que alguien los separó sin previo aviso para perderlos a propósito en un laberinto de dolor sin sentido.

A ellos, en estas horas aciagas, se les solicita que tengan a bien perdonar. Que tengan el gesto humano de atender el perdón de los verdugos que antaño vestían capucha y chapela inventada para la ocasión televisiva. Les sugerimos que acudan al encuentro para escuchar el relato fantástico de porqué alguien decidió descerrajar la cabeza de un padre, secuestrar a un hijo, hacer volar por los aires a un hermano o situar de testigo de honor a una hija ante la programada ejecución pública de un enemigo del pueblo.

Y a los reticentes, les decimos pervirtiendo el lenguaje que hemos de superar el conflicto entre todos. Que tienen la llave de la convivencia pacífica, y que su grandeza reside precisamente en poder perdonar y emprender la ruta de la normalización. Nosotros no somos como los verdugos, nos aclaran por si existe alguna duda. De esta forma, pretendemos resocializar al asesino confeso, acercar al pistolero al calor de su mundo familiar, emprender ese proceso de reconciliación y reinsertar a quienes un día cometieron un error. No nos queda otra. Vamos a tener que aprender a vivir todos juntos, antes o después, nos dicen.

Pero lo cierto es que la grandeza de las víctimas y de sus familiares no transita por lo anterior. Porque la única verdad es que el perdón es matemáticamente imposible: los que ostentan tan sagrado poder jamás estarán con nosotros, y jamás podrán discutir sobre lo humano y lo divino mirando a la cara de los verdugos en una cómoda sala de visitas en la prisión decorada para la ocasión. Son ellos, los terroristas, los que han decidido durante años de oscuridad, eliminar esa posibilidad. Lo lograron eliminando simultáneamente a cientos de personas que no escogieron nunca morir ni zambullirse públicamente en la historia helada de los muertos.

España quiso hacer de Miguel Ángel el símbolo. Y durante dos días de verano en los que ni siquiera salió el sol, fue él quien escribió desde ese lugar desconocido y sin saberlo, el resumen de toda una historia de sufrimiento y angustia en la que el perdón es una palabra que pierde todo su significado y su calidad como instrumento de salvación en las relaciones humanas.

Porque son las víctimas, en definitiva, las únicas que pueden perdonar, y lo cierto es que sus voces libres y antaño anónimas fueron silenciadas de por vida.

Hoy, no nos queda otro referente moral que no sean los familiares abandonados tantas veces en la estacada. Olvidados por todos. Y no existe otro bálsamo comparable al convencimiento personal y profundo de que aquellas muertes perdidas en la lejana bruma constituyen la única respuesta a porqué es imposible rendirse.

Con ellos se fueron otras vidas también, aquellas desgarradas y torcidas por lo insoportable de un dolor que nadie imagina ni quiere imaginar. Las de aquellos que, medio muertos en vida, vivirán en el tormento del desconocimiento, las que ignorarán por siempre que sintió Miguel Ángel y tantos otros cuando se sentaron a ver venir la oscuridad más terrible jamás imaginada. La no elegida. La que borró la posibilidad de perdonar algún día.

Y en esa noche eterna, ya sólo nos alumbraba y nos guía el viento que mueve y agita la bandera de la libertad. La que hizo del dolor el único norte, la que no desciende nunca de su viejo mástil en medio de la gran nación que algunos quisieron dar por muerta.

Y en ella seguiremos mirándonos.

Porque cientos de manos invisibles e inocentes la sujetan desde la luz.